



N. S. DE GUADALUPE  
DE MÉJICO.

de la mano de un buen padre, todo lo adverso que te sucediere. Cuenta con su amable providencia, la cual no tiene otra mira que nuestra felicidad: dile muchas veces á Dios que pones en sus manos todos tus intereses, que en todo quieres depender de él solo. Rézale el *Padre nuestro* con atencion particular: esta santa oracion hecha con atencion vale por todas las otras. Medita algunas veces las palabras del *Padre nuestro*, y hallarás un gran fondo de reflexiones.

LA APARICION DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE  
DE MÉJICO.

Ninguna de cuantas provincias forman el mundo cristiano puede quejarse de no haber tenido siempre pronta la proteccion de María; antes por el contrario en todas ellas ha manifestado esta Señora que es verdadera madre de los pecadores, anticipando las mas veces sus beneficios á las necesidades y á los deseos. España tiene entre todas tan repetidas experiencias de esta verdad, que solamente en su península puede ofrecer ejemplares auténticos y de la mayor excepcion que persuadan al mundo entero de que María no puede mirar á los cristianos sino con ojos de misericordia. Desde aquel instante en que, segun una antigua tradicion, quiso alentar las penosas fatigas del apostolado, apareciéndose visiblemente á Santiago á las orillas del Ebro, no ha cesado esta Madre amorosísima de repetir sus piedades en las mayores aflicciones. Apenas ha visto que los pueblos que habia tomado bajo de su patrocinio eran oprimidos de la hambre, de la peste ó de la guerra, cuando inmediatamente ha desplegado las alas de su proteccion, acudiendo cual solicita madre al socorro de

sus amados hijuelos. No solamente con este fin, sino con el de premiar las virtudes y obsequios particulares que le han hecho algunos siervos suyos, se ha visto á esta Reina amabilísima descender de las moradas celestiales para recrear y premiar á sus devotos con sus favores. Bien auténtica y celebrada es la descendencia de María santísima en la santa catedral de Toledo para regalar á su siervo san Ildefonso aquella sagrada vestidura fabricada en el cielo, con que decia misa el santo obispo en los dias mas solemnes y festivos. No contenta la Reina de los ángeles con proteger á los Españoles dentro de su recinto, les siguió con sus favores cuando, enardecidos en el zelo de la honra de Dios, y propagacion del santo Evangelio, emprendieron las penosas y dificiles empresas del descubrimiento y conquista de un nuevo mundo. Cortés, Pizarro y el portugués Baseo de Gama experimentaron, en las muchas batallas que dieron á los gentiles, que María santísima protegía sus expediciones. El primero con un corto número de soldados conquistó todo el imperio de Méjico, en donde habia soldados aguerridos, que no carecian tampoco de política y astucia militar. Pizarro venció con ciento y cincuenta soldados un ejército de doscientos mil Peruanos; y en la India Oriental hizo prodigios no menos asombrosos el valeroso Gama. Pero semejantes prodigios no se deben atribuir á fuerzas é industria humana; pues sin embargo del valor y pericia militar de tan esforzados españoles, hubieran sin duda sido oprimidos de la multitud, si no hubiera sido por la proteccion de Maria. Vióse á esta Señora repetidas veces caminar delante de las huestes españolas, y cegar con polvo á las de los gentiles, manifestando como un empeño de que se estableciese en aquella region la religion de su hijo Jesucristo.

En efecto, viéronse cumplidos sus deseos por me-

dio de la famosa conquista de Cortés, que llenó al mundo de admiracion, y que, si no estuviera acreditada con monumentos tan auténticos, se creeria una conquista fabulosa en las generaciones futuras. La religion del Crucificado tomó posesion de aquellos vastos dominios al mismo tiempo que el rey Católico. Al paso que se iban disipando las tinieblas del error, y destruyendo los templos de los ídolos, en los cuales se les ofrecian por víctimas innumerables niños y doncellas, que se degollaban sobre sus aras, haciendo una horrible carnicería, capaz de espantar á la misma naturaleza, se iban levantando templos al Dios verdadero, en que se tributaban justisimas adoraciones al Hacedor de todas las cosas, ofreciéndole el sacrificio pacífico y agradable de su unigénito Hijo. Viendo la Reina de los ángeles desde el alto trono de la gloria la copiosa miés que los obreros evangélicos habian recogido en aquellas regiones, y que de los nuevos alumnos del Evangelio se formaba ya una iglesia respetable, quiso dispensarles las mismas misericordias que á los antiguos españoles, honrándolos y felicitándolos con su presencia. Apenas se contaban diez años despues de la conquista, cuando, bajando visiblemente la virgen Maria de los cielos, se apareció á un indio sencillo y temeroso de Dios, llamado Juan Diego, en un monte cercano á Méjico, ordenándole que se presentase al obispo de esta ciudad, y le intimase de su parte que era su voluntad que en aquel mismo lugar se le edificase un templo en donde fuese venerada de los fieles, y en donde ella por su parte les dispensaria siempre sus piedades. Esta aparicion estuvo tan llena de prodigios, y de tan singulares circunstancias, que, testificadas auténticamente por la tradicion constante de aquellas gentes y por los escritos de los mismos indios, ha merecido una particular atencion á la silla apostólica. El pastor uni-

versal de la Iglesia, no contento con haber concedido al reino de Méjico que celebrase con festividad particular esta maravillosa aparicion, concedió á toda la iglesia de España que participase igualmente del mismo consuelo. Esta es la festividad que celebramos en este dia, y cuya historia auténtica, deducida brevemente de la que escribió el bachiller Luis Becerra Tanco, presbítero y cura beneficiado del arzobispado de Méjico, es como se sigue.

Por los años del Señor de 1531, á los diez años y casi cuatro meses del dominio de los Españoles en las provincias mejicanas, el sábado dia 9 de diciembre salió un indio, llamado Juan Diego, del pueblo de Quatitlan para pasar al templo de Santiago á oír la misa que se cantaba á María santísima. Era este indio humilde, sencillo, pobre y de unas costumbres inocentes. Aunque casado, era tal su devocion á la virgen María, que, dejando el lecho nupcial antes de rayar la aurora, iba á pié á tener la consolacion de ver celebrar los divinos misterios que tenia arraigados en su corazon, juntamente con la fe de Jesucristo. Al tiempo de romper el alba llegaba al pié de un pequeño cerro llamado Tepeyacac, que está situado cerca de la laguna mejicana, en cuya cumbre oyó una música suavísima, como si fuera de muchedumbre de canoros pajarillos, que parecian corresponderse los unos á los otros en armoniosos y concertados coros. Sobresaltado de la novedad, levantó los ojos, y vió en lo alto del cerrillo una nube muy blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un arco hermoso de varios colores muy parecido al Iris, el cual se formaba de los rayos de la luz que salian del centro de la nube, en donde se percibía una claridad excesiva. Semejante vision era para causar en el sencillo corazon del indio alguna turbacion y espanto; mas no fué así, sino que por el contrario

quedó como en un dulce arrobamiento, y con un gozo tan extraordinario en su corazon, que le parecia habérsele juntado dentro de su alma la posesion de infinitos bienes. En medio de este enajenamiento decia el indio entre sí: *¿Qué será esto que oigo y veo, ó adónde he sido llevado, ó en qué lugar me hallo del mundo? ¿por ventura he sido trasladado al paraíso de deleites que llamaban nuestros mayores origen de nuestra carne, jardín de flores, ó tierra celestial oculta á los ojos de los hombres?* En medio de esta suspension oyó llamarse por su nombre de una voz sumamente delicada que salia de en medio de la nube. Trepó la cuesta á toda priesa, y vió en medio de la claridad á una hermosísima Señora, muy parecida á la que despues fué pintada en su tilma por ministerio de ángeles. La Señora despedía de sí tales resplandores, que trasformaba todas las cosas del monte, de manera que las piedras y espinos le parecian al indio oro bruñido, topacios, esmeraldas, diamantes y cosas aun mas preciosas.

Habiéndose acercado el indio, la Madre de Dios con semblante apacible le dijo: *Hijo mio, Juan Diego, á quien amo tiernamente como á pequeñito y delicado, ¿adónde vas? Voy, noble dueña y Señora mia, respondió el indio venturoso, voy á Méjico y al barrio de Tlatchulco á oír la misa que nos dicen los ministros de Dios y sustitutos suyos.* Oyendo esto la Virgen santísima, le declaró sus intenciones, y el motivo de su aparicion, diciéndole de esta manera: *Sábeta, hijo mio muy querido, que yo soy la siempre virgen María, madre de Dios verdadero, autor de la vida, criador de todo, y señor del cielo y de la tierra, el cual está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde como madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasion que tengo de los naturales, y de aquellos*

que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflicciones. Aquí oiré sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir á la ciudad de Méjico, y presentándote al obispo que allí reside, le dirás que yo te envío, y que gusto de que se me edifique un templo en este lugar. Referirásle cuanto has visto y oído, y ten por cierto que te agradeceré lo que por mí hiciéres, ensalzándote y haciéndote famoso. Ya has oído, hijo mio, mi deseo; véte en paz, y pon todo el esfuerzo que pudieres. Postróse el indio, lleno de respeto y profunda reverencia; y habiendo ofrecido con las mas afectuosas palabras que le dictó su simplicidad hacer exactamente cuanto la Señora le mandaba, se despidió de ella, y tomó el camino de Méjico. Fué directamente al palacio del obispo, que era á la sazón don fray Juan de Zumarraga. Los familiares del ilustrísimo prelado hicieron poco caso de él viéndole tan pobre y de modales tan inocentes; pero vencidos de su constancia en esperar entrada, se la concedieron finalmente. Luego que llegó á presencia del obispo, se puso de rodillas y le dió su embajada, diciéndole que le enviaba la Madre de Dios, á quien habia visto y hablado aquella mañana, añadiendo á estas palabras todo cuanto habia pasado, y la Señora le habia dicho. El prudente prelado se portó, en una materia tan delicada y expuesta á supersticiones, con toda la prudencia que se podia esperar de su virtud y sabiduría. Sin despreciarle ni exasperarle del todo despidió á Juan Diego, encargándole que volviese mas adelante, y que entre tanto él consideraria mejor aquel negocio. Salió el pobre indio de la presencia del obispo sumamente desconsolado, no tanto por el poco aprecio que habia visto hacian de su persona, como por ver sin efecto alguno la pretension y deseos de la Señora. Con este desconsuelo,

le dió parte en el mismo lugar en que la habia visto por la mañana de cuanto le habia pasado con el obispo, y del desprecio con que le habian mirado. Pero sus palabras, traducidas fielmente por el beneficiado Tanco del idioma mejicano primitivo, segun los naturales lo conservaban en sus historias, dicen mejor que cuanto se puede encarecer los sentimientos del indio, su simplicidad y reverencia, y conservan al mismo tiempo la gracia y ternura de una lengua muy semejante á las asiáticas. Juan Diego, pues, habiendo vuelto por la tarde al mismo sitio en que vió y habló á la virgen Maria por la mañana, encontró á la Señora que esperaba la respuesta, y postrándose á sus piés con un profundo respeto, le dijo así: *Niña mia muy querida, mi reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve entrada para ver y hablar al obispo hasta despues de mucho tiempo, habiéndole visto, le di tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atencion; mas á lo que yo vi en él, y segun las preguntas que me hizo, colegí que no me habia dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez para inquirir de mi mas despacio el negocio á que iba, y escudriñar lo muy de raiz. Presumió que el templo que me pides se te labre es ficcion mia ó antojo mio, y no voluntad tuya; y así te ruego que envíes para esto alguna persona noble y principal, digna de respeto á quien deba darse crédito; porque ya ves, dueño mio, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio á que me envías: perdona, Reina mia, mi atrevimiento, si en algo he excedido al decoro que se debe á tu grandeza, no sea que yo haya caído en tu indignacion, ó te haya sido desagradable con mi respuesta.*

Oyó la Señora con suma benignidad la respuesta del indio; y despues de haberle asegurado que tenia millares de ángeles que ejecutarian sus órdenes si

quisiese servirse de ellos, le mandó que volviese segunda vez, y que diese al obispo el mismo mensaje. No obstante que Juan Diego hizo sus humildes representaciones á María santísima, temeroso de que le sucediese lo que la primera vez, con todo eso prometió obedecer á la Señora, y traerle la respuesta segun se la diese el obispo. Volvió al palacio de este el domingo dia 10 de diciembre, y aunque en los familiares encontró la misma acogida que la vez primera, el venerable prelado le trató de muy diferente modo, pues le recibió con una especie de veneracion llena de agasajo y de cariño. El indio, puesto de rodillas delante del obispo, le dijo anegado en lágrimas que habia visto segunda vez á la Madre de Dios en el mismo lugar que la primera; que le habia repetido el mismo encargo sobre la edificacion del templo, y que principalmente le habia encomendado mucho que le certificase de como era la madre de Jesucristo, y la siempre virgen María aquella que le enviaba. El obispo le hizo muchas preguntas sobre todas las partes que contenia su propuesta, á todas las cuales satisfizo el indio con una sencillez que acreditaba ser verdad todo lo que decia. La última resolucion del prelado fué que dijese á la Señora le diese algunas señas por donde pudiese venirse en conocimiento de que era verdad que la Madre de Dios le enviaba. Preguntóle el indio qué señal queria para pedírsela á la Señora; pregunta llena de sinceridad que acabó de convencer al prelado de que en aquella materia estaba el cielo verdaderamente interesado. Pero temeroso siempre de algun engaño en materia tan importante, llamó á algunos de sus familiares, y hablándoles con cautela, les mandó que siguiesen al indio luego que él le hubiese despedido, y que notasen cuidadosamente cuanto le sucediese, para darle despues exacta cuenta. Despidió al

indio el obispo, siguiéronle sus familiares; pero apenas llegó á un puente, que cerca del cerrillo tiene un rio que desagua en la laguna, cuando desapareció Juan, sin que los criados pudiesen volver á verle mas. Registraron con toda diligencia el cerro, y no encontrando rastro de semejante hombre, volvieron á su amo, asegurándole que el indio era un embaucador, y que como á tal debía castigarle si otra vez tenia el atrevimiento de volver á su presencia. Luego que Juan Diego desapareció de la vista de los criados, no por malicia ó artificio suyo, sino porque el cielo habia determinado que en aquel prodigio no hubiese mas testigos que aquel indio sencillo y humilde, se encaminó al sitio en donde le esperaba María santísima. Postróse en presencia suya, refirió cuanto le habia pasado con el obispo, y como le habia mandado que le pidiese una señal cierta, por la cual se conociese que era la Madre de Dios quien le enviaba, y que era voluntad suya que en aquel cerro se le edificase un templo. María santísima se manifestó muy agradecida, y con palabras muy cariñosas encargó á Juan Diego que volviese al dia siguiente á aquel propio sitio, en donde le daría la señal por la cual fuese creído. Prometió volver al dia siguiente, y se despidió con señales de la mayor humildad y reverencia. No pudo cumplir lo prometido al dia siguiente; porque habiendo caido enfermo un tio suyo, llegó á estar en aquel dia de tanto peligro, que le pidió á su sobrino Juan Diego fuese al convento de Santiago á buscar un religioso que le administrase los sacramentos, á cuya justa peticion no pudo negarse. En esto pasó el lunes 11 de diciembre, y en la madrugada del 12 se puso en camino para el referido convento, con ánimo de dar á su tio la consolacion que pedia, trayéndole él en persona un religioso que le administrase los sacramentos.

Al tiempo de romper el alba llegaba puntualmente á la falda del montecillo en donde se le habia aparecido nuestra Señora. Entonces se acordó de su infidelidad, y de como, habiendo prometido á Maria santísima volver á tomar la señal, habia faltado á su palabra. Temió alguna áspera reprehension si se encontraba con la Señora, y para evitarla tomó otra vereda, juzgando con simplicidad que esta sola diligencia bastaria para que Maria santísima no le encontrase. Juzgó en su corazon que era diligencia mas precisa la que le ordenaba la caridad de socorrer espiritualmente á su tío, que el cumplir un mandamiento de la Madre de Dios, aunque tan lleno de prodigios. Esta persuasion le hizo preferir lo uno á lo otro; pero siempre conservaba en su alma una sencilla determinacion de volver á cumplir á la virgen Maria lo que le habia prometido, luego que hubiese llevado á su tío enfermo las medicinas espirituales de que tanto necesitaba. Entre rezelos y temores caminaba el indio, cuando vió á la Madre de Dios hajar de la cumbre del montecillo para salirle al encuentro. Bajaba rodeada de una nube resplandeciente, que despedia de sí mucha luz en la misma forma que la vió la vez primera, y luego que estuvo cerca de Juan Diego, le dijo: *¿Adónde vas, hijo mio, y qué camino es el que has seguido?* Confuso el indio, temeroso y lleno de turbacion se postró á sus piés sacratísimos, y con palabras dictadas por la misma sencillez, le dijo así: *Niña mia muy amada, y Señora mia, Dios te guarde: ¿cómo has amanecido? ¿estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueño mio, que está enfermo de peligro un siervo tuyo, y tío mio, de un accidente grave y mortal, y porque se ve muy fatigado, voy de priesa al templo de Tlatelulco en la ciudad á llamar un sacerdote para que venga á confesarle y olearle; y despues de haber hecho esta diligencia, volveré*

*por este lugar á obedecer tu mandado. Perdóname, te ruego, Señora mia, y ten un poco de sufrimiento, que no me excuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.* La Reina de los ángeles admitió su disculpa, y habiéndole certificado de que en aquella misma hora se hallaba ya sano su tío, Juan Diego creyó sin el menor rezelo: dispúsose para volver otra vez al obispo, y le pidió que le diese la señal concertada. *Ordenóle Maria santísima que subiese á la cumbre del cerro, y que recogiese las rosas que encontrase allí, y reuniéndolas en su capa, las llevase á su presencia, y le diría lo que debía hacer y decir.* No obstante que sabia Juan Diego que por aquellos peñascos no habia flores algunas, ni allí se producía otra cosa que abrojos, obedeció sin replicar, y subiendo á la cumbre del cerrillo, se encontró con un verjel lleno de rosas tan frescas y recientes como pudiera haberlas en la primavera. Cortó cuantas habian en la capa ó tilma que llevaba sobre sus hombros, y se presentó á Maria santísima que le esperaba al pié de un árbol. Llegó el indio, y poniéndose de rodillas delante de la Madre de Dios, le mostró las rosas. Entonces la Señora las cogió con sus manos, y volviéndolas á dejar caer en la tilma, le dijo: *Esta es la señal que has de llevar al obispo, á quien dirás que por señas de estas rosas haga lo que le ordeno. Ten cuidado, hijo, con esto que te digo, y advierte que hago confianza de ti. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa sino en presencia del obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora, y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi templo.* Despidióse el indio de Maria, y muy regocijado se encaminó al palacio del obispo, con gran confianza de que luego que viese la señal habia de ser creído. Por el camino iba de rato en rato

mirando las flores, recreándose con su fragancia y hermosura.

Habiendo llegado al palacio del obispo, solicitó, como otras veces, hablarle, y fué tambien detenido y desatendido de la misma manera. Mientras esperaba, advirtieron los criados que llevaba en la tilma alguna cosa, y el demasiado cuidado con que procuraba encubrirla despertó en ellos la curiosidad de averigar qué cosa era. Resistió el indio cuanto pudo; pero forcejeando, advirtieron los criados que eran rosas, y al querer tomarle algunas se encontraron burlados, porque advirtieron que estaban pintadas en la tilma. Dieron cuenta al obispo; y entrando Juan Diego á su presencia, le dió la embajada de parte de Maria santísima, diciéndole : *Que aquella era la señal que le habia dado de que era su voluntad que se le edificase un templo.* Al decir esto desplegó la tilma : apareció en ella una hermosísima imágen de Maria santísima, no se sabe bien si tejida ó pintada, y de ella cayó una porcion de rosas en el suelo, tan frescas, que tenían todavia el rocío con que habían sido cortadas. Quedó el obispo atónito á la vista de semejantes prodigios; ni bien sabia si admirar las flores en un tiempo el mas crudo del invierno, en que absolutamente eran imposibles, ó la imágen santa pintada y dispuesta de manera que parecia obra de ángeles. Un asombro reverente se apoderó de su corazon, y reconociendo que en aquellas cosas obraba el dedo de Dios, y mediaba la virtud divina, veneró la santa imágen, mandó colocarla en su oratorio, y en breve tiempo se divulgó por la ciudad la fama de aquel prodigio. Todo aquel dia permaneció Juan Diego en el palacio del obispo, haciéndole este muchos agasajos como á persona á quien consideraba sumamente favorecida de la Reina de los ángeles. Al dia siguiente fué el mismo prelado en su compañía

para que señalara el sitio en que se le habia aparecido aquella Señora, y en donde habia mandado que se le edificase el templo. Luego que lo señaló Juan Diego, manifestó al obispo el cuidado que tenia por la salud de su tio, á quien habia dejado enfermo de peligro. Pidióle licencia para ir á verle; y el obispo, que estaba ya enterado de lo que habia pasado en la última aparicion, y como Maria santísima le habia certificado de que ya estaba sano en aquella hora, envió con el indio á algunos familiares suyos, personas de inteligencia y respeto, para que examinasen y se informasen bien de aquel caso. Lo que resultó de esto fué hallar á Juan Bernardino, que así se llamaba el tio del indio, perfectamente sano, y como si nunca jamás hubiera padecido aquella enfermedad. Hicieron los españoles escrupulosas investigaciones sobre la hora en que habia sentido la mejoría, y hallaron puntualmente que habia sido la misma en que la Madre de Dios lo habia asegurado. Enterado de todo el obispo, se llevó á los dos indios á su palacio como á personas dignas de la mayor veneracion por haber intervenido en aquellos prodigios del cielo. Al principio tuvo en su oratorio la milagrosa imágen; pero viendo el innumerable concurso de gentes que venian á venerarla, hizo que se trasladase á la iglesia mayor, en donde permaneció mientras se le edificó una decente capilla. Concluida esta, se trasladó á ella la imágen milagrosa con una procesion solemnisima, y en aquel sitio han recibido los Mejicanos tantos favores de la misericordiosa Señora, y los reciben cada dia, que ven perfectamente cumplidas las promesas que hizo la Reina de los ángeles al venturoso indio Juan Diego.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Sineso, mártir, el cual, habiendo sido ordenado de lector en tiempo del papa san Sisto, y habiendo convertido mucha gente á Jesucristo, fué acusado ante el emperador Aureliano, y recibió la corona del martirio bajo el filo de la cuchilla.

En Alejandría, san Epimaquio y san Alejandro, mártires, quienes, habiendo gemido mucho tiempo aherrojados y padecido muchos tormentos, bajo el emperador Decio, fueron por último arrojados al fuego.

En el mismo lugar, santa Amonaria, virgen, santa Mercuria, santa Dionisia y otra santa Amonaria. La primera superó tormentos inauditos en la misma persecucion de Decio, y murió santamente bajo la cuchilla. Por lo que hace á las otras tres, como el juez tenia vergüenza de ser vencido por unas mujeres, y temia, si las hacia pasar por los mismos tormentos, ser tambien vencido por su constancia, mandó decapitarlas al instante.

El mismo dia, san Hermógenes, san Donado y otros veinte y dos mártires.

En Tréveris, san Maxencio, san Constancio, san Crescencio, san Justino y sus compañeros, mártires, los cuales, en la persecucion de Diocleciano, padecieron bajo el presidente Ricciovaro.

En Narbona, el tránsito de san Pablo, primer obispo de aquella ciudad.

En Quimper, san Coentino, primer obispo de aquel lugar.

En el pais de Vimeu en Picardía, el tránsito de san Valeri, abad, discípulo de san Columbano.

En Bourges, san Florente, obispo.

En Jerusalem, la conmemoracion de san Alejandro.

En Egipto, san Hervagio, abad y mártir, venerado por los Coptos y por los Abisinios.

En Irlanda, san Finiano, abad de Clonard.

*La misa es propia de la festividad, y la oracion la siguiente.*

Deus, qui sub beatissimæ virginis Mariæ singulari patrocinio constitutos perpetuis beneficiis nos cumulari voluisti; præsta supplicibus tuis, ut eujus hodie commemoratione lætamur in terris, ejus conspectu perfruamur in cælis. Per Dominum nostrum...

O Dios, que quisiste que, puestos bajo el singular patrocinio de la bienaventurada virgen María, fuésemos colmados de beneficios perpetuos; concédenos á tus humildes siervos, que ya que en este dia nos alegramos con su conmemoracion en la tierra, lleguemos á gozar de su presencia en el cielo. Por nuestro Señor ..

*La epístola es del cap. 24 del libro de la Sabiduría.*

Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris, et flores mei fructus honoris et honestatis. Ego mater pulchræ dilectionis et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. In me gratia omnis vitæ, et veritatis; in me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et à generationibus meis implemini: spiritus enim meus super mel dulcis; et hæreditas mea super mel et favum. Memoria mea in generationes sæculorum. Qui edunt me, adhuc esurient; et qui bibunt me, adhuc sitient. Qui audit me, non confundetur: et qui operantur in me, non peccabunt. Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor: y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En mí (se halla) toda la gracia (para conocer) el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciaos de mis frutos; porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi heredad mas que el panal de miel; mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen tendrán todavía hambre, y los que me beben tendrán todavía sed. El que me escucha no será confundido; y aquellos que obran por mí no pecarán. Los que me ilustran conseguirán la vida eterna.